

# EL MUNDO CATÓLICO

LA RELIGION DEL ESTADO, ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA ROMANA  
[Cap. III, Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA  
Calle de Ituzáingo Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETE.

SUSCRIPCION MENSUAL  
Un Peso, Moneda Nacional.

## AVISO.

Este periódico se publica dos veces por semana, los viernes y domingos, por la imprenta establecida en la calle de Ituzáingo número 211. En la misma se reciben suscripciones; por cada ocho números 1 peso m/n.

## NOTICIAS ESTRANGERAS

### El hogar doméstico.

Conferencias del padre Jacinto en Nuestra Señora de París.

Creemos que agradecerán nuestros lectores que comencemos a insertar a continuación el magnífico discurso con que ha cerrado el padre Jacinto las conferencias que le han colocado a la altura de los primeros oradores sagrados de la época. Plácenos contribuir en lo que de nosotros depende a la alta misión moral que se ha propuesto este humilde fraile, publicando en España su notabilísima peroración. Difícil sería consignar en nuestras columnas ideas mas sanas y palabras mas elocuentes:

«Señores: Las cosas invisibles, las ideas y las almas, necesitan para vivir en el mundo revestir un cuerpo y habitar un lugar. La soberanía tiene sus palacios, la religión sus templos; la familia debía tener sus hogares. La familia y el hogar se suponen y se organizan mutuamente, como el alma y el cuerpo en el hombre. Bajo diversos puntos de vista, tan exacto es decir que el alma forma el cuerpo, como que el cuerpo forma el alma: del mismo modo puede decirse que la familia forma el hogar y lo conserva, y que a su vez el hogar afianza la familia y la salva.

Dicebanque, in nido meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies. Y yo decía: «moriré en mi nido, y como la palma multiplicaré mis días.» Estas palabras de Job, ¿quién no las ha repetido en lo mas profundo del corazón? ¿Quién te ha amado, poseído o soñado, morada por excelencia del hombre, nido sagrado de nuestros amores y de nuestras penas, donde tan dulce es vivir y donde hasta casi es dulce morir?

Delengámonos, señores, en este umbral.

Hoy debemos separarnos por un año, y no podemos separarnos en

mejor sitio. Vosotros vais a volver a esa mansión de la felicidad terrestre; yo voy a encerrarme en la morada del sacrificio y de la celeste dicha: en el claustro. El claustro y la familia no son enemigos; ni tan siquiera son extraños. Aguardando la hora en que la Providencia nos reúna de nuevo trabajaremos todos, así lo espero, por el triunfo de la misma causa; serviremos todos al Dios personal y viviente, al Cristo organizador y redentor de nuestra raza; a la Iglesia, en fin, unidad superior de la familia, la patria y la humanidad entera.»

El padre Jacinto se propone estudiar el hogar doméstico en estos tres caracteres principales: debe 1.º poseído, 2.º transmitido, 3.º habitado.

### PRIMERA PARTE.—Posesión del hogar.

No hay necesidad de que haga para el hogar lo que he tenido que hacer respecto a la educación; nombrándolo, lo he definido. El hogar doméstico es la habitación de la familia.

La familia humana necesita un local: le es indispensable la posesión de un hogar. «Nosotros, los hombres del celibato, católicos, podemos dispensarnos de tenerlo! Jesucristo, haciéndonos comprender de antemano toda la estension del sacrificio, nos ha dicho: «los zorros tienen madrigueras, las aves del cielo tienen nidos: el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.» Aquel, pues, que se siente inclinado a seguirlo de lejos en las vías heroicas, aquel solo podrá saborear sus severos placeres; no entrará en la pobreza voluntaria mas que por la puerta de la absoluta continencia. Pero el hombre de la familia, el hombre que no es uno, sino muchos, no es libre de divorciarse de la tierra; eso sería una locura, y si esa locura fuera posible, sería un crimen. El hombre de la familia necesita en este mundo, sobre este suelo que nos sustenta, un rincón sagrado para extender allí el lecho de su esposa, para colocar la cuna de sus hijos. Pero una posesión cualquiera del hogar no basta; la posesión temporal del hogar, sin ser soberano en él, no puede realizar el ideal de la familia. Este ideal es la propiedad completa, que no da únicamente el aprovechamiento transitorio, sino el dominio sustancial y permanente. Esta propiedad es la

que se convierta para la familia en un principio de libertad, de orden y de felicidad.

Propiedad del hogar doméstico, principio de libertad. Si porque por regla general no está bien uno en su casa sino cuando aquella es completamente su casa. Hay un gran principio en las leyes de todos los pueblos civilizados: la inviolabilidad del domicilio de los ciudadanos; esta inviolabilidad cubre otra: ella es la garantía, la afirmación de la inviolabilidad de la persona humana. Pues bien, jamás la inviolabilidad del hombre y del ciudadano se afirma y se garantiza mas enérgicamente que en la propiedad del domicilio; en la propiedad completa, rigurosa del hogar.

Y si esto es verdad respecto al hombre; si es la propiedad la que le hace libre y soberano en su casa; la que traza a su alrededor fronteras que nadie en el mundo osará traspasar sin su consentimiento, ¿cuanto mas verdadero no es esto respecto a la familia, de la persona colectiva que tiene que defender numerosas existencias, y que, lazos variados y múltiples ligán a la presente vida? ¡Ah! la familia es parecida a aquellos gigantes, hijos de la tierra, que al caer recobraban sus fuerzas, tocando el suelo; y hasta en el seno de la pobreza se conserva firme, llena de fe en sí misma y en su porvenir, cuando puede apoyarse en la posesión de su pobre choza o su reducido campo! «Mas vale, dice el libro inspirado, mas vale la comida del pobre bajo su techo de paja, que los festines espléndidos en extraña mansión.»

Principio de independencia para la familia, la propiedad es al mismo tiempo un principio de orden. Así ha dispuesto Dios las leyes del mundo moral: ha enlazado las cosas que a primera vista parecen escluirse. La familia será libre; pero será también conservadora. Porque la propiedad no es solamente un hecho, es un hecho iluminado por el esplendor de una idea; no es solamente un interés, el primero de todos los intereses, el que contiene en germen a los demás, es un interés consagrado por la santidad y la magestad del derecho. ¡No toquéis a esa parcela de la tierra! no es un débil individuo el que la guarda; está defendida por la solidaridad de todos los derechos.

chando sus manos; mi cariño, mis riquezas, todo es de usted, si cuida, si sirve de madre a mi niña.

—Señora, repuso el aya, aseguro a V. que la amaré como a mi propia hija.

—¿Veras? ¿Veras?

—¿Por qué había de engañar a V.?

—¡Oh! es que el pobre ángel mío es muy desgraciado, sollozó Elena; V. no sabe hasta qué punto lo es.

—¿Pues qué le sucede?

—Su padre no ama a esa criatura.

—Es imposible, señora.

—¿Imposible, y se ha casado con otra?

—Su padre podía muy bien desear una compañera a su lado, sin que por eso deje de amar a su hija.

—No, no diga V. semejante cosa: ¡su padre debía haberme confiado, y no haberse casado jamás!

—¿Debia, pues, vivir solo?

—Entregado a la más absoluta soledad! al mas absoluto dolor! no merecía menos el ángel que le di.

—Pero señora, cree V. que en los hombres son las penas ni pueden ser eternas?

—En algunos si.

—Yo no he conocido ninguno aun de quien se pueda decir que ha sufrido largo tiempo sin consuelo: ellos se lo buscan, si no lo tienen, y no tardan en encontrarlo.

—Y yo, por el contrario, señora, he conocido algunos que se han espatriado por la desesperación de un amor desgraciado.

Felicia no quiso insistir más: conoció que mi abuela era una niña grande, que se moriría de vieja con todas las ilusiones de una virgen adolescente, y envidió sinceramente aquella candidez, aquella virginidad de alma, que la libertaba de ver tantas miserias.

Tal fue el fin de la conversación de aquellas dos mujeres tan buenas, tan afectuosas, y que debían demostrarme si mere un interés tan verdadero y tan puro.

## DOS ALMAS GRANDES.

Al día siguiente fui entregada al aya por mi nodriza.

Apenas había visto a mi madrastra, desde el día de su casamiento.

Sin embargo, ella misma vino a instalarnos en nuestra habitación, pues aquella joven singular, en fuerza de ser desgraciada, no se dispensaba de ninguno de sus deberes.

—¡Hé aquí, señora, dijo a Felicia, la habitación destinada a V. a Valeria y a su nodriza, de la que no quiero separarla: esta buena y honrada mujer quedará a su servicio: en esta primera sala dormirá usted; en esas de adentro Valeria y Juana, su nodriza: dentro del cuarto de la niña, hay un gabinete que le podrá servir de tocador, y para eso está arreglado; si algo de estas disposiciones desagrada a V., puede variarlas, y pedir lo que necesite para ello, que, por mi parte, me comprometo a conseguir del conde.

—Señora, dijo Felicia: yo me complaceré ahora y siempre en acatar las disposiciones de V.: mis hábitos son modestos, y en ellos educaré a la señora Valeria.

—Ese creo que es el deseo de su padre, dijo Magdalena: los míos, añadió firmemente, son los mismos.

Salió dicho esto, y yo quedé sola con Felicia y Juana.

—A qué hora se acostumbra llevar a la niña a casa de su abuela? preguntó mi aya a Juana.

—A las dos, señora, contestó mi nodriza.

—Dígame V.; pues, dónde está su ropa para vestirla.

la familia humana, escucha distraído los rumores de la ciudad, los rumores de la naturaleza, no se que clamos tristes, confuso ruido de la muchedumbre entre la que ayer se agitaba, no se que silbidos del viento, de la lluvia que azota las vidrieras, furiosa, pero imponente, y sentido ya en el seno del honor y de la paz, apoyado su frente y reposando su alma en aquel tibio y tranquilo hogar, murmura con el corazón, si no con los labios: «aquí está el descanso de mi vida; este es el sitio que habitaré, por que es el que he elegido; *hæce regies mia in sacculum speculi; hæc habitat quoniam elegi eam!*»

La estabilidad en la dicha doméstica, ese es el sentimiento que está ligado a la posesión del hogar de la familia. Es un símbolo, aun grosero, pero ya conmovedor de la estabilidad que al hombre se ha propiamente después de esta vida, y que habita en el fondo de todo corazón cristiano. Tenemos una mansión eterna, que no está construida por mano de hombre, y que nos aguarda en el cielo, eternam, non manufactam in celis: tenemos un hogar y goces de familia con la verdad y la justicia increadas; pero hasta la hora en que tomaremos posesión de nuestra herencia en lo infinito, en que heredaremos de Dios en el hogar de la eternidad, tenemos necesidad de gozar, ese dulce reflejo de la faz del corazón de Dios, en el hogar de la familia. Por eso los libros inspirados se complacen en unir estas dos ideas, la familia y la religión.

A ti, guardian de las buenas costumbres y de las verdaderas alegrías; a ti, hogar doméstico, envían esos libros a cada momento a sus discípulos: «Bebe el agua de tu pozo, esclama en este estilo, original, lleno de audacia y de pureza, el sabio de Israel: bebe el agua de tu pozo, y que el extranjero no comparta contigo los manantiales de tu júbilo! ¡Bégociale, hijo del hombre, con la esposa de tu juventud! *Lactare, juvenis, cum muliere adolescentiæ tuæ!* ¡Que esta sea para ti la gacela de las gracias y el cervatillo de los amores! *Cerva charissima et gratissimus hirculus!* ¡Que su casta ternura te consuele y te fortifique siempre!»

David ha cantado la felicidad doméstica en el arpa del Dios de Sinal: «¡Bienaventurados aquellos que te

Aquí... dijo la nodriza un poco turbada... en este armario... y en este cestol!

—¿Cómo aquí veo muchos vestidos rotos... manchados, echados a perder! esclamó Felicia.

—Justamente, señora, repuso Juana: la niña rompe mucho, porque como su abuela no quiere que se la prive de ningún gusto...

—Pero es un gasto atroz! horrible!

—La señora es muy rica; el señor también... la niña lo es igualmente!

—Y por eso se ha de tirar así el dinero, habiendo tantos pobres que socorrer... ¡en fin, veamos si hay algún vestido que se le pueda poner por ahora!

—No habrá ninguno, dije yo: ayer me puso Juana el único que quedaba sano, y me vertió sobre él la tiza del café; pero eso no i porta, porque mamá Elena dice que su modista tiene hechos dos para mí.

—Es preciso ir, pues, a casa de la modista, dijo el aya: Juana, vaya V. a buscar un traje para vestir a la niña.

—Mi nodriza salió y volvió bien pronto con un lindo vestido de gran precio.

—Mi aya empezó por lavarme perfectamente, acallando mi llanto y mis quejas a fuerza de caricias y de reflexiones.

A pesar de los locos gastos que por mi hacía mi abuela, aquel baño de limpieza me hacía suma falta, pues estaba bastante descuidada.

Después de vestida, mi aya me llevó de la mano a mi visita cotidiana, y rehusó la compañía de Juana que quería seguirme.

—Mi buena mamá me comió de caricia, según su costumbre.

—¡Ah, hija mía! mi amor, mi delicia mi ángel de luz, bien sabía yo que esta, rias encantadora con ese traje azul! esclama

## FOLLETTIN.

### SUEÑOS Y REALIDADES.

#### MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Sinués de Marco.

la casa donde se hospedaba, y todo quedó arreglado.

La institutriz no fué exigente en cuanto a sus honorarios, ni en cuanto a ningún otro punto: se avino a todo, y quedé convenido en que al día siguiente iría ya a ocupar su sitio.

Mi nodriza, que me adoraba, oyó todo lo que se habló acerca del aya, y fué a contárselo a mi abuela que se irritó mucho de que no se hubiera contado con ella para la elección de la persona que debía educarme.

Con este motivo escribí a mi padre una carta muy dura, cuyo último párrafo decía así:

«No le bastaba a V. caballero, haber sustituido a mi hija con otra esposa y haber dado madrastra a esa infeliz niña que me niega: ha querido así mismo buscarle una persona extraña que la eduque, para lo que quizá no será competente: acaso le dará una instrucción ridicula y abrumadora para la infancia; jacos la enseñe a aborrecerme a mí a mi que la he criado y que por tenerla a mi lado daría la mitad de mi vida! ¡ah, caballero, razon tenía yo en aborrecer a V. como le aborrezco!»

Había ya cambiado mucho el curso de

los pensamientos de mi padre, así es que esta carta, que algun tiempo antes le hubiera causado una impresión dolorosa, le pareció entonces ridicula y excitó su hilaridad.

La enseñó en seguida a su esposa, pero esta no se rió.

—Creo, dijo, que esa señora posee una alma buena, y que ama a tu hijo, cosas ambas que son dignas de consideración, y que no merece Lurla; ahora siento mucho que no hayas guardado con ella los miramientos a que tiene derecho en este asunto.

—Qué te importa de su enojo? dijo mi padre: ni te ha visitado, ni le debes ninguna atención, ni existe entre nosotros trato ni relación de ninguna especie.

—La hubiéramos tenido si ella lo hubiera deseado; pero no quise molestarla, yendo yo a verla. conozco cuan doloroso debe ser para esa pobre madre ver a la que ocupa el sitio de su hija.

—¡Con que sangre fría ves estas cosas! exclamó mi padre con amargura: ¡por cierto que te envidio!

Encogióse la joven de hombros y nada contestó.

Mi nodriza sabía las señas de la casa de mi aya por haberlas oído en casa, y se las comunicó a mi abuela, que fué a verla al instante, para recomendarle a su interés y a su cariño con toda la eficacia de que era capaz.

Segun me ha contado despues aquella excelente Felicia, se sorprendió mucho, tanto con la belleza encantadora de mi abuela, como con su lenguaje apasionado tan propio de los americanos.

La niña su amor hacia mi con los mayores extremos, y le dijo que era su vida y toda su felicidad en el mundo desde que había perdido a su hija.

—Querida amiga mía, concluyó estre-







